

# CATILINARIAS

POR

# JUAN MONTALVO



CUARTA



QUITO

—  
Imprenta de EL TIEMPO

—  
*Propietario, Luciano Coral.*

—  
1905

## CUARTA

Tanto monta.  
Mote de la empresa de Don Fernando el Católico.

**D**E Antinoo dicen que su muerte fué tan gloriosa como su vida había sido infame. El que vive mal procure á lo ménos morir bien, para que los hombres, si le dedican un recuerdo, digan: Murió como bueno. El pusilánime que disfruta de valor al dar el salto inmortal, ese paso largo y último con el cual salimos del mundo y nos metemos en el abismo de las cosas eternas; el flaco de espíritu que rebosa en firmeza cuando las ha con los Genios invisibles de la tumba; el malvado en cuyo rostro pálido está campeando la gloria envuelta en blancas llamas de contrición y perdón; esos, muriendo así, es como si hubieran vivido noble, santamente. Muerte de filósofo ilumina hácia atrás, y baña de verdad el campo de mentiras; muerte de santo endereza lo torcido, aclara lo oscuro y borra las huellas con que el perverso va señalando su vida reprobada. Ese acto de no tener por cometidos los pecados, por no ejercitados los vicios cuando un triste vuelve los ojos al cielo y llora sus culpas, es uno de los misterios más hermosos con que la religión vuelve amable á la Divinidad. Verdaderamente, la virtud de los pecadores, las hazañas de

los cobardes, la nobleza de los infames, traen consigo un prestigio recóndito que nos llena de admiración. Un malo que se vuelve hombre angélico; un avariento que hereda con sus tesoros á las casas de misericordia y los planteles de educación; un mal patriota que, llegado el caso, se sacrifica por la patria; un ruin que de súbito se siente inflamado por el fuego celestial, y no sucumbe sino después de grandes hechos; un libertino que deja un ejemplar grandioso de magnanimidad y alteza de alma, éstos son héroes que, por lo extraordinario, cautivan la imaginación más que filósofos, valientes y bienaventurados que lo son sin esfuerzos, casi por naturaleza.

Vivir mal y morir mal es lógica del infierno, á cuyas sutilezas no pueden responder los que, sin voluntad para las virtudes, se ven faltos de sabiduría, esa sabiduría con la cual le llevan cuesta abajo á Satanás los que estudian en la escuela de la moral y del temor de Dios. El vulgo vive y muere insignificante: la suerte del vulgo, en la otra vida, debe de ser conforme con la presente: si se salva, su gloria es moderadilla, luz pálida, música regular, sensaciones superficiales. La eternidad del vulgo no pasa de cien años; ni es preciso que vivan más en la otra los que ni contribuyen á la glorificación del Todopoderoso, ni causan envidia á los Coros y las Dominaciones. Aun pudiera no morir el vulgo, y nada le importara á la tumba: muere por desocupar el lugar, por hacer campo á las oleadas que van viniendo con la marea de los siglos. Demos que se condena; el vulgo no pierde mucho: los diablos le miran con desprecio, sin honrarle con los calderos donde están hirviendo las almas de los malvados de gran porte, ni con las tenazas dedicadas á las carnes de los réprobos gigantes. El bulgo no se condena sino para barrer patios y corredores, y para ir con la basura tras la casa. Los hombres altamente distinguidos nacen y mueren para cosas grandes: si buenos, para bien del género humano; si malos para espanto del mundo y gloria del abismo.

Vivir bien, y morir bien, aún en el circuito de la modestia, es el destino más apetecible: vivir mal y morir mal, negro destino: ahora, vivir bien y morir mal, ¿no es el colmo de la dregracia? Hay un an-

ciano en cuyas manos estuvo poco ha la suerte de un pueblo: uniéndose á los patriotas, los libres, los amigos del saber, pudo haber labrado la suerte de un millón de sus semejantes. Esto, él lo estaba palpando; y á sabiendas, por odio á la ilustración, la libertad y el patriotismo, hizo liga con ignorantes, esclavizadores y traidores, y ha infamado y destruido ese pueblo. José María Urbina sin esos empujes ciegos que por la espalda le suele dar la fortuna al género humano, nunca hubiera salido del vulgo: por sus facultades personales, ó más bien, por sus méritos, oscuro hubiera vivido, como nació, oscuro hubiera muerto. Por sus méritos, digo, porque en pueblos sabios y virtuosos, ó donde sabiduría y virtud no son escarnecidas, no preponderan sino los individuos de altas prendas; en cuanto á facultades personales, pueden muy bien ser malas éstas, y servirles á los hombres aviesos, para levantarse y sacar la cabeza por sobre el mar del vulgo. Talento, nadie le ha negado nunca á Urbina: bien así como una ramera tiene buena cara, así Urbina ha tenido talento. Yo vi una vez en un campo de ruinas una flor bellísima en medio de mil plantas insanas ó inservibles: ortiga, nabo, eneldo; y unas ramitas delgadas que iban y venían rídículas, tambaleando á impulso de flaco vientecillo. Sucio estaba todo al rededor: boñiga de res trapos asquerosos tirados por ahí, huesos de animales. La corneja volando de un extremo á otro, daba funestos gritos que inundaban de tristeza ese paraje. Y la flor, grande, hergida, roja, estaba descollando majestuosamente en medio de tantas lástimas. Eso que vi en las ruinas de Itálica, esa es la imagen de Urbina: su talento descuella solitario entre las mil porquerías de su corazón y su alma; todo repugna y da asco en esa personalidad siniestra. Iba yo á tomar la flor del anfiteatro romano; pero una aprensión misteriosa me contuvo: temí que el Genio de las ruinas me castigase la irreverencia, envenenándose con las exhalaciones de ella. El talento de Urbina ha sido también flor venenosa. Ha sido, digo, porque ya no existe: libertinaje, embriaguez, prostitución de mil maneras y en mil formas, la marchitaron tiempo ha, lo echaron al suelo. Inteligencia es planta delicada; la rosa no brilla ni huele

más; pero asimismo parece fácilmente. No dije ya, con la autoridad de un sabio, que una gota de simiente humana equivalía á una onza de sangre? Sin castidad, la inteligencia va cuesta abajo con increíble rapidez. Los sultanes de Constantinopla, los magnates del Oriente, van dejando en sus serrallos los dones de la naturaleza, y á fuerza de felicidad tangible, el que se sienta sobre el trono viene á ser idiota sobre quien la muerte está alargando el brazo. El gran pintor Rafael, el gran poeta Byron, hombres-palomas, alma de Apolo y sangre de Venus, hicieron bien en morir en sus floridos años: si llegan á los cincuenta, hubieran sido ruinas de ellos mismos, incapaces de comprender ni sus propias obras. Rafael, como la mariposa, muere en brazos de su amada: la bella Fornarina tiene la culpa de esa pérdida de las artes; Byron, fragua de sí mismo, muere quemado por sus pasiones. Pero estos muchachos impetuosos dejan obras maestras, nombre claro, y se presentan á la memoria del mundo como dioses ahogados en un océano de inteligencia homicida.

El abono del talento es la instrucción: el ignorante no sabe si la tiene, ni cómo ha de conservar ese árbol sublime. La naturaleza le dió talento á Urbina, engañada por éste; y no pudiéndolo recoger, se vengó con esparcir en su pecho semillas de todos los vicios. Ella sabía muy bien que á un libertino le sería imposible sustentarlo, y le echó lujuria á manos llenas; que un borracho lo perdería dentro de poco, y le cargó de embriaguez que se desenvolviera con el tiempo. Para que fuese más despreciable ese estafador de uno de sus mayores dones, puso en su constitución el órgano de la mentira, el fraude, el engaño; el órgano de la codicia, el órgano del robo, el órgano de la traición. No le hubiera convenido más á ese *hombre de talento* ser tonto con menos desventajas y agravios de la madre naturaleza? El talento para sólo maldades le ha servido, sólo para ruines cosas; para engatuzar á los que le han creído; para hacer traición á los que han puesto en él su confianza; para granjear nombradía de farandulero hábil, de tramposo diplomático. En bien de sus semejantes, de su patria, nada; por la justicia, la equidad, nada; para el progreso, la civilización, nada; todo para él, para sus apetitos, sus incontinencias, sus

gulas y sus vanidades. La flor de la inteligencia ha caído; los trapos asquerosos, la boñiga, los huesos, allí están en ese campo de ruinas, en esa alma que es anfiteatro abandonado donde pecados y crímenes tienen sus bacanales con las culebras y las lagartijas de esos matorrales. Si este pobre viejo tuviera educación y escuela de moral, quizá los paralelos de los varones ilustres de Plutarco, las obras de Séneca y Montaigne hubieran conseguido modificar sus malas propensiones y hacer de él un hombre útil, un buen hijo de la patria. Mas si aprendió á leer y escribir ahora sesenta años, cárguele Judas si en su larga vida sabe lo que es libro: nunca, nunca ha leído una página, ni de obras pertenecientes á su profesión, menos á la filosofía, la política, la moral. Ignorante á quien favorece la fortuna es enemigo mortal de la sociedad humana. Su casa de presidente, gracias á Dios, no la conocí; su casa de desterrado, la conocí en Lima. Volviendo los ojos á un lado y á otro, me estaba preguntando yo á mí mismo; dónde están los libros? dónde los papeles de este buen viejo? He oído que las letras son alivio de pesadumbres, consuelo de aflixiones; ¿cómo se alivia y consuela Urbina? Don Angel Saavedra compuso "El Moro Expósito" en su asilo de la isla de Malta; Don Diego Clemencín su "Comentario al Ingenioso Hidalgo" en el destierro: quisiera yo ver "El Moro Expósito," el "Comentario" destotro desgraciado. El moro de Urbina, ó más bien la mora, allí estaba sobre la mesa; era una botella de aguardiente casi vacía: el comentario, al lado; era un jarrito de hojalata en que el nuevo Ovidio bebía las aguas del Leteo, esto es el olvido de sus dolores. Pobre viejo, me infundió lástima, y mucha. Comunicando esta augustosa sensación con más de un compatriota nuestro, todos me dijeron: "No sabe usted lo que es ese viejo infame."

A pesar de tan triste informe, cuando le veía envuelto en su capa mugrienta, ronca roncando en su silla de fraile, mientras el viento le hacía mil luras en un copetillo suelto de canas; á pesar de los informes de sus amigos, le volvía á tener lástima; y este afecto matador subió de punto un día que su hijo se asomó á la puerta y gritó: "Papá, la camisa!" "Hijo de mi alma, no la ha traído la lavandera,"

contestó el padre desventurado con lágrimas en la garganta. No tenían sino una de remuda para los dos. Y era humilde entonces, no ese archiduque de Austria que pone la pica en Flandes, si le hacen memoria del jarrito, y nos trata de malvados. *La camisa* de Lima es hoy manto imperial con que se arroja majestuosamente la augusta familia. Cognac de á cinco duros la botella, Roederer, honor de la champagne; Jerez de cincuenta años; Marcó Brauner y Lafite á destajo por esas salas y comedores.

Mucho fas el dinero et mucho es de amar;  
 Al torpe face bueno et home de prestar;  
 Face correr al cojo et al mudo hablar.

Poco sabía el Arcipreste de Hita: no solamente face correr al cojo y hablar al mudo, sino también rejuvenece al viejo, comunica gentileza al feo, da brios y poder al agotado. José María Matusalén á fuerza de oro es jovencito, tiene dimes y diretes con las Musas; las tres Gracias le guñan el ojo: dichoso mancebo! Pero sabe el diablo qué brujas son esas con quienes Mefistófeles, disfrazado de General en Jefe, corre sus aventuras en entresuelos y trastien- das. Los israelitas, para prolongarle la vida al rey David, anciano de muchos cientos de años, le pusieron en su lecho á la niña Abigail, sin que ésta corriese el menor peligro: los judíos del Ecuador, si quieren conservar á su Caracalzón octogenario, á despecho del *delirium tremens*, no tengan miedo de abrigarle con las *mudistas* más bonitas. Lástima es que hombre tan útil, rey David como ese, se acabe de secar y consumir con las arpías á quienes harta de dinero. Rico, riquísimo, de la noche á la mañana, el padre Urbina; y sin industria, y sin profesión, y sin oficio, y sin trabajo: milagro de las uñas que, metidas en las arcas nacionales, descubren la California cada día.. No le mienten el jarrito de Lima al gran señor: ante todo quiere haber sido siempre grande, siempre opulento. Y el pedir dos soles? y el recibir una peseta? Ruin, la soberbia de hoy está en pugna con la humildad de ayer. Cuando

engulles la carne envuelta en ingratitud; cuando apuras el vino torcido por la maldad, y nos ofendes, y nos insultas, y nos persigues á los que te hemos favorecido y servido, cual con el dinero, cual con la pluma, razón te sobra de temernos, pues á infame como tú vendido lo tenemos á la horca, por un real.

García Moreno tuvo por costumbre llamar ladrón á Urbina: yo me afronté con García Moreno y le dí la desmentida muchas veces, exponiendo, como dicen, el pellejo. Urbina se hallaba ausente: los ausentes, si no son del todo desgraciados, tienen siempre un hombre generoso que vuelva por ellos. Urbina, además, es inepto, siempre lo ha sido, á pesar de su reconocida inteligencia. Inteligencia sin cultivo es ineptitud. Urbina nunca ha podido defenderse, por falta de luces, de valor. El talento de Urbina no fue oro sólido, ese metal precioso de que los artistas hábiles hacen preseas regias; latón fue, ó papel dorado. Talento para engañar á bobos, deslumbrar á ignorantes, insinuarse con meretrices y predominar sobre sus negros. Dicen que tuvo buena palabra en su buena época: según Quintillano, no quede haber orador sin caudal de sabiduría: la elocuencia de Urbina fue, sin duda, la de esos arlequines que en las ferias de San Germán, orillas del Sena, desenvuelven discursos sublimes acerca del lápiz, las estampitas, el hilo y más bujerías que quieren vender convenciendo al populacho. Cuanto al arte oratoria del amor, ese torrente de alabanzas sinceras, pretensiones atrevidas, términos ardientes que de rodillas solemos echar sobre el objeto de nuestra pasión, Urbina ha sido consumado en él; yo tengo una muestra de la elocuencia de ese luminoso pecho, de ese don Juan del Nuevo Mundo. Comiendo una vez en Lima en casa de un amigo, sucedió que por festejarme estuviesen campeando libremente en la mesa el famoso Elías, el delicado Cabello. La noche había cerrado, y todo era resplandor en esa amable morada: los buenos vinos son fosforescentes, dejan tras ellos larga estela que ilumina el porvenir, despertando en el corazón las esperanzas. He allí que de repente invade la sala un tropel de señoritas elegantes, amigas de la casa. Las limeñas son el diablo; sin ser hermosas, son el diablo, como

las francesas: la sal se les derrama de la cabeza á los pies. Son lo que en América decimos buenas mozas, lo que llaman guapas en España. Bebieron sin ceremonia, bailaron sin hacerse de rogar. Hubo piano, frascones de esos que vienen del monte San Bernardo, por no decir *cartuja*; madera, jerez, anisetes de mil clases. Dicen que los cuervos de África acudieron á devorar los cadáveres del campo de Farsalia: es tal el olfato de estas aves, que huelen su ralea de un mundo á otro: así de África pasaron en bandadas á Europa. Urbina, el viejo Urbina, olió también: hele allí, ya es de los nuestros; la espuma del champagne tiene humos que vuelan á mucha distancias; y cuando ese cuello largo, cuello de cisne, da su tiro ruidoso echando el corcho al cielo raso, los *aficionados* son capaces de oirlo desde el Cuzco hasta Chorrillos. Nunca viene este viejo ingrato, me dijo el dueño de casa llegándoseme al oído; por qué habrá venido hoy? Si entonces le hubiera yo juzgado como al presente, no habría hecho sino indicarle con el rabo del ojo la cantina.

Mas no era este nuestro asunto, sino la elocuencia amatoria de Pepe Botellas. Sin descuidarse de beber, andaba el viejo muy pegado á una ojinegra de dos mil demonios; era el parasito de esa Clori limeña. Párasito digo, no parásito: en medio de la guerra, no es mala una lección de lengua castellana. Muchas cosas nuevas, suaves y seductoras le decía, sin duda, el galán septuagenario á la damisela: lo que todos alcanzábamos á ver era cómo de cuando en cuando le azotaba la mejilla con el guante; y lo que le decía sin cautela ni rubor era *badulaque*. La concurrencia más decente y casta será corrompida por ese fauno libidinoso: él se tiene creído que la vejez le autoriza á lo que la honestidad y la buena crianza les prohíben hasta á los jóvenes. *Badulaque.....*

Esta es la elocuencia amatoria, la buena palabra de Urbina. Y echando punto á tan ridículo incidente, volvamos al principal, que era llamarle ladrón García Moreno. No, aún no lo era: la inopia en que ha vivido en el destierro es prueba clara: ha pedido fiado á todo el mundo, ha recibido dádivas, ha mendigado: en no habiendo quien le dé, se ha muerto de hambre. Cuando fuí á Lima supe que en la

fonda donde vivía y comía estaba debiendo cuatro meses de pensión. Para darle á *un terrorista* que fue á pedirle caridad, me emprestó á mí dos pesos. Un terrible enemigo de Urbina le hizo una vez notar á García Moreno que el hambre de *ese general* era honrosa; que acusarle de haber robado millones y de mendigar para vivir, implicaba. Y todo era Urbina para García Moreno al propio tiempo: hoy tenía un millón robado; mañana, ni medio real para comer: el asunto era llamarle ladrón millonario y mendigo, según el humor del noble don Gabriel. Urbina no robó cuando fué presidente; y se ha arrepentido de su probidad pasada, se ha arrepentido: hoy roba por hoy, por ayer y por mañana: roba con descaro, con torpeza, pues su cómplice, para robar sin miedo él mismo, deja robar á todos. Yo pienso que si Urbina no robó antes, no fue virtud: equivocación fué: tuvo por cierto que la República no saldría de sus manos, y juzgó innecesario enterrar tesoros. Quince años de destierro, léjos de labrar virtudes en él, han sembrado crímenes en el barbecho de los vicios. Ahora roba Urbina á ojos vistas, no tiene miedo ni vergüenza. El no ha menester orden superior contra el Tesoro; pueblo á donde llega, á *buená cuenta de sus sueldos*, quinientos, mil pesos hoy día; mañana, otros quinientos, otros mil pesos. Pasa á otro lugar, á buena cuenta: en Quito, á buena cuenta; en Ambato, á buena cuenta; en Guayaquil, á buena cuenta. Contribuciones de caballos, él tiene facultad de imponer contribuciones: caballos de estima, de gran valor, veinte, treinta, á los amigos principalmente, á los pícaros liberales: la ley sagrada del asilo es hollada por los *cholos* con gorra, por los negros: el General en Jefe lo manda, abajo, guardián invisible de la casa, Genio mudo que custodias la propiedad, el pudor, los secretos de la familia: contra el General en Jefe no hay ley humana ni divina: granja, hacienda, mansión de recreo, todo queda abierto, invadido, saqueado. En qué irá el domingo á misa la pobre señora devota? Se le llevaron su yegua, le rompieron su montura. En qué le paseará la calle el enamorado joven á su novia? Se le llevaron su castaño, ese bello animal de cerviz enarcada, ojo ardiente y cola primorosa. El General en Jefe necesita para su guardia cuanto ca-

ballo bueno hay en el pueblo, la patria no puede ir en bagajes por el camino.

Urbina, ah Urbina.....Las rentas de Sales de Bahoyo, tuyas son; los *almacenes* de la aduana de Guayaquil, tuyos: por medio de sus hijos; él es guardalmacén, y todo se lo lleva á su casa, en todo comete fraudes en su provecho, arruinando á la Nación. Gastos de rey, viajes de recreo á Europa: dirá él también que de Paita trajo un gran peculio, como Veintemilla de los garitos y las tabernas de París? como Veintemilla del *Hotel de las Cuatro Naciones*, de Madrid? La contribución de guerra, esa enorme suma arrancada al rico y al pobre; ese pan de huérfanos, luto de viudas, todo fue fraternalmente repartida entre los dos pícaros, sin que el Estado hubiera sacado el menor provecho de esa ruda venganza. La caja de la comisaría de guerra de Galte, Urbina se la llevó á su casa. A la villa de San Juan de Dios de Ambato llegó casi íntegra; ni dirán los jefes y oficiales de esa División que pudo haberse gastado más de mil pesos en los cuatro días que se murieron de hambre en dicha campaña. Urbina la llevó á su casa; no contento con esto, puso los talegos debajo de su cama. Probable es que el Comisario tenga recibo del Tesorero de Quito; de cuánto es el recibo? de cuarenta y nueve mil? de cincuenta y nueve mil? El día de las cuentas y la justicia lo veremos.

Arrepentirse de la probidad pasada, vengarse de haber cumplido en otro tiempo con un deber, cosa es de un hombre raro en los vicios, de corrupción nueva, descubierta bajo tierra en las ciudades malditas. Urbina se ha arrepentido de no haber robado con tiempo, se está vengando de sí mismo con torpeza. Y este es el secreto de su ingratitude, de su traición: sabía él que con Carbo, con Montalvo, con los liberales hombres de bien no podía disponer de los caudales públicos, y buscó, naturalmente, la liga de uno de su propia calaña. Este viejo infeliz que ha vivido por obra de los liberales durante quince años; que ha tenido quien le defiende á lo lejos, contradiciendo las horribles imputaciones del partido enemigo; que ha visto la flor de la República sacrificada por su causa; este viejo infeliz, no ha hallado más correspondencia en la sepultura de

su pecho que aconsejar el destierro, los grillos, el asesinato de sus amigos. "Siénteles la mano á los infames liberales", le dijo á un *chagra-jefe* en cuyas manos iba dejando la más patriota de las provincias.

Le dieron pan los liberales, pan cuando tuvo hambre, agua cuando tuvo sed: infames. De dos capas que tenían le ofrecieron la una, se la pusieron en los hombros: infames. Le fueron á ver cuando estuvo enfermo, le asistieron humana, santamente: infames. Le consolaron en sus afixiones, le aliviaron en sus tribulaciones: infames. Fieles fueron á su causa, le apoyaron en sus aventuras, murieron por él y por la patria: infames. Tomaron á pechos su defensa, se encararon con sus enemigos: infames. Piden libertad para todos, alivio para los pueblos: infames. Gritan contra los vicios, hacen la guerra á la embriaguez y el robo: infames. Trabajan por el progreso, se empeñan en la difusión de las luces: infames. Se niegan á entrar á la parte en lucros indignos, en latrocinios escandalosos: infames. Hacen uso de la imprenta, denuncian crímenes atroces del enemigo público: infames. Infames, Urbina, infames? Si nosotros somos infames, tú qué eres? qué calificativo reservas para el más ingrato, ciego y corrompido de los mortales? El general que pide auxilio indebido á extrañas gentes; el proscrito que busca alianza y complicidad con sus enemigos de quince años, para oprimir, perseguir y destruir á sus amigos y benefactores; el militar que hace tiempo en el camino mientras pasa la batalla; el jefe que compra retiradas con los caudales de la Nación; el ciudadano para quien nada son leyes ni derechos comunes; el hombre que vive en beodez continua, sin hablar sino para mentir, ni dar un paso sino para hundirse más y más en el cieno, ese es el infame; y ese se llama José María Urbina.

Andando una vez por un huerto de mi padre, gané la heredad contigua para alargar el paseo. Debajo de un grupo de morales centenarios que hacía sombra como para un ejército, un anciano estaba echado sobre la hojarasca. Como sintió pasos cerca

de él, alzó la cana cabeza: don Ignacio, dije, está durmiendo? Dormir? respondió el viejo, lo que hago es estar pudriéndome de cólera. Ven acá, Juanito: sabes el desaire que me hizo ayer el patituerto de Urbina? Qué desaire? Pues fui á encontrarle con varios amigos, como lo habrás visto: saluda á todos, les dá la mano, y á mí una mirada de perra parida, y pasa adelante. Y por qué? Por que juzga que soy autor de la sublevación de la columna Tungurahua. Jefe Supremo.....siguió diciendo el anciano; me viene á mí con eso, á mí que andaba á llevarle al anca de mi caballo á todas partes. Si hubieras vistos esos pies.....en cada dedo tenía cinco niguas.

(Cielos, qué oigo! escritorzuelo audaz, escritorzuelo desafortado, niguas dices, niguas? sabes lo que son niguas? Humboldt, aquí vuelve Humboldt y me saca de estotro mal paso: Humboldt habla detenidamente de ese misterioso insectillo americano, insecto casi invisible, que metido entre uña y carne se convierte en perla, gruesa perla, perla de Golconda, buena para la corona de Su Majestad el rey don Ignacio de Veintemilla.)

Patituerto, volvió á decir el viejo, cuando se ponía zapatos eran los rotos que yo le daba, ó los que él pescaba en el basuero. Ya te figuras cómo andaría con una bota torcida en el un pie, en el otro un botín de mujer viejo, arrastrando. El pantalón, qué pantalón, hijo, qué pantalón! nunca hacía achicar los que le daban, y era cosa de ver cómo se lo iba atacando á dos manos á cada paso. Don Ignacio, lléveme á las fiestas de Picaihua; don Ignacio, lléveme á los toros de Quisapincha. Ven, patojo; monta, churriento. Ahí me tienes desembocando en la plaza de Quisapincha con mi maleta de trapos al anca de mi yegua. Para pan, medio real; para chicha, medio real: y ahora, Jefe Supremo, me niega la salutación.

Ha de ser por vengarse de los codazos que usted le ha de haber dado cuando le llevaba á la grupa, dije. Eso sí respondió el vejezuelo, hirviéndole los ojos en sus órbitas; codazos á caballo, pisotones á pie, que era lo que más le dolía. Si la alfalfa no estaba pronta, las orejas; si no estaba él allí á las cinco de la tarde en punto para ensillarlo, pan de

perro. Venganza, don Ignacio, venganza: tenga cuidado no le aviente luego al Napo. Es muy capaz, replicó el anciano: cuando se acuerda que ha comido las sobras de mi casa, que se ha vestido de mi ropa vieja, es muy capaz de mandarme al Napo, y aún más adentro.

Pepe Botellas se amostaza, bien lo veo. Si supiera que Pericles en Atenas, Furio Camilo en Roma, salieron de la plebe, no llevara á mal estos recuerdos biográficos. Pues digamos que la cuna del Gran Taborlan rodó sobre alcatifas reales, ni que las niñeces de este insigne bárbaro fueron las de un príncipe! No señor: sepa don José que el Gran Taborlán, rey de los scitas, había sido pastor de puercos hasta joven maduro. Urbina no me ha de perdonar las niguas ni los pisotonos de su bienhechor, sino cuando yo yo le haga ver que Gregorio primero, Gregorio el grande, Papa y santo, fue triste hijo del pueblo, y tan pobre, que era un dolor verle traspillado y amarillo, cubierto de andrajos dignos de un lazzaroni de Nápoles. Nacer á los pies del tronco, y ser monarca veinte años después por derecho propio, no envuelve méritos ni virtudes; salir de la nada, y á fuerza de talento, valor y tenacidad venir á ser todo, esta es grandeza, cuando su buena fortuna la debe uno á esfuerzos lícitos y plausibles, no á traiciones y picardías. Lejos estoy de echarle en cara á Urbina sus desventurados principios; al contrario, si merecimientos pudieran caber en uno como él, serían el haber salido del albañal y llegado á la presidencia de la República. Mas qué demonio, si en su carrera le seguimos á ese hombrecico, larga huella encontramos tras él de infidelidades y malas obras, de felonías y asaltos infames que le vuelven odioso á los ojos del hombre de bien. Y por nada quiere haber sido lazzaroni de Ambato: "Yo soy quiteño, le oí una vez; ahí está mi fe de bautismo en San Blas." ¡ Bendito sea Dios que ya no tengo conterraneo tan deshonoroso como el feligrés de esa parroquia! Quiteños, allá va Urbina.....Me lo devuelven. Tacungueños, allá va Urbina.....No lo reciben. Piñareños, allá va Urbina.....Cierran las puertas. Pobre grande hombre, no tiene pueblo; ni los cholos de San Blas lo quieren; lo niegan, lo repudian. El viejo Pichinchá se ha enojado, ruge y amenaza, si le

echan ese expósito á los pies. Niño fatídico, algo hay de lamentable en su suerte no averiguada todavía; y como si la deshonra, el dolor y las lágrimas de un pueblo estuviesen recién engendrados por el demonio en ese débil pecho, por instinto de conservación y de vergüenza lo rechazan todos. A dónde irá el hijo de la piedra! Urbina no es de Ambato, no es de Quito; ni Píllaro le reconoce: quiere ser de Londres? de París? de Viena? de Sanpetersburgo? Prtria no le ha de faltar; en todo caso ahí está Peralbillo. \*

Vivía en casa de mis señores padres una octogenaria, sin fuerzas ya para salir al sol. Mi señora Rosita, le preguntaba yo, le ha escrito su hijo? Cuál, el presidente? no me ha escrito, respondía la anciana con tristeza. Mi Gabriel sí, viene á verme á cada rato; el presidente no me escribe. Qué había de escribir Urbina? El corazón de este hombre singular es un desierto de donde están ausentes amor, conmiseración, generosidad: el egoismo es su mundo, el egoismo su vida. Si de la muerte de un protector suyo ha de resultar para él una botella de aguardiente, le deja morir, pudiendo salvarle. Estaba presenciando la agonía de Eloy Alfaro en el tormento, y no daba un paso en su favor; los dió, probablemente, en contra. Y á Alfaro le debe muchas hambres remediadas, muchas desnudeces vestidas. Los sanginarios consejos que le ha dado á su autómeta respecto de mí, son otra prueba de la negrura de sus entrañas: en la aserva persecución de García Moreno y su partido á su nombre, su fama, no tuvo sino un defensor en su patria; y ese fui yo: razón le sobra para empeñarse en mandarme tras Vicente Piedrahita camino de la eternidad. Dije una vez que Urbina no había sido malo, esto es, que no había derramado sangre, no se había complacido en las lágrimas de sus semejantes. Efectivamente, Urbina no fusiló ni asesinó á nadie cuando la responsabilidad toda hubiera recaído sobre él: viendo estamos que eso no había sido bondad de corazón ni horror por la

\* Lugar en España donde ahorcaban á los malhechores.

sangre humana. Un achispado hablador lleno de talento explicó una vez satisfactoriamente la humanidad de Urbina: "No mata, dijo, de miedo del difunto." Manuel Zaldumbide sabía lo que decía; como edecán suyo, viéndole estaba temblar cuando doblaban por un desconocido, cuando pasaba una rata del un lado al otro del aposento, cuando una interjección militar resonaba por la calle. Dirá Urbina que los héroes más feroces de la independencia son célebres por su miedo á los difuntos. Pues yo vengo á presumir que Urbina tiene miedo á los muertos, por ser como los héroes de nuestra emancipación, esos llaneros terribles cuya lanza bebía ríos de sangre goda, y no podían dormir solos en un cuarto. Si esta es la trastienda, nuestro Nabucodonosor está en lo justo: miedo de conquistadores, miedo de valientes. Pero el otro miedo no es de valientes; el miedo del que va con un ejército en auxilio del amigo sitiado, y hace tiempo en el camino, y está esperando el término de la guerra para seguir adelante. Mientras la pobre tía Cornelia agonizaba dentro de sus barricadas, espera, espera espera al General en Jefe que venía á sacarle de manos de los caldeos, el General en Jefe, en la villa de San Juan de Dios de Ambato, bebe, bebe y bebe cinco días, hasta cuando llegaban noticias, del triunfo, para seguir adelante; de la derrota, para volverse atrás. Cuando á los católicos de don Antonio se los hubo llevado el diablo con reliquias y todo, el valiente general monta á caballo á las seis de la tarde, vuela al teatro de la guerra, suya es la victoria. Cinco ó seis días en circunstancias tan premiosas, que la tía Cornelia, con la Táctica de Federico segundo debajo del brazo, estaba metida en una cueva encomendándose, no al Dios de los ejércitos, sino al de los muribundos arrepentidos.

Los que no están bien hallados con el demonio absoluto de Ignacio Madruñero; los que en algo tienen honra y felicidad pública, han de darme gracias por los esfuerzos que hice con Urbina para impedir la dictadura de esotro hijo de Peralbillo. Desvanecidas sus sutilezas, pulverizadas sus argucias,

tomado en el reducto de sus mentiras, no tuvo más arbitrio que decir: No puedo estar botando presidentes cada día. Si usted los ha botado no más que por botarlos, está bien; mas si los ha echado al suelo en servicio de la República, ¿qué razón sufre se queda con peor de todos? Que es tonto de capirote, usted mismo lo dice; que es ignorante hasta de las primeras letras, no lo niega; que sus antecedentes son indignos, lo sabe usted; que la Nación será víctima de la soberbia insensata de ese idiota, usted se inclina á confesarlo: con que si sus revoluciones han sido por la libertad y los principios, ahora, ahora es cuando todo hombre de bien y buen patriota tiene el deber de conspirar.

El hombre de talento, atajado de razones, no halló que decir sino: Ah Juan.....qué Juan.....este Juan.....Tomemos un trago. No tomo! repliqué con ira. Derribamos ó no á este malvado? No puedo estar botando presidentes cada día, replicó. Qué presidentes ha botado usted? Boté á Flores; boté á Noboa; boté á García Moreno; he botado á Borrero: no puedo botar á Veintemilla.

A más de cuatro cáscaras de nuez de la calaña de Urbina he oído decir: "Cuando boté á Flores." Un vejete apollado, medio cojo y medio tuerto, que no se llama nada, que no tiene nombre, me ha dicho cien veces: "Yo, yo boté á Flores." Un negro del Chota venía por el camino con un haz de leña á la espalda: todo él era trapos: andaba por misericordia de Dios, pedía por los dolores de María Santísima. "Mi amito, dijo, mientras yo echaba mano á la faltriquera, cuando boté á ño Flore....." No hay perro que no haya botado á Flores, exclusivamente; no quieren que nadie les ayudara en tamaña empresa. Urbina dice, como el negro, "Boté á Flores;" y Roca? y Olmedo? y Elizalde? y Guayaquil? y los grandes patriotas que contenía esa ciudad heroica, cuando era patriota y heroica? y los valientes de la Elvira? y *las Capitanas* de Babahoyo, esas mujeres fieras, que han dejado nombradía de Juana de Arco, para vergüenza de los hombres de hoy? Nadie hizo nada; Urbina *botó á Flores*; Urbina, el asistente y echacuervos de Flores, el pobre diablo, el subalterno de Manabí. Olmedo el nombre, Roca el corazón y el seso, Novoa la popularidad, Elizalde

el brazo, estos fueron los agentes de esa grande obra. La traicioncilla de Urbina, si sirvió para algo, fue una pequeñez, uua miseria.

“Boté á García Moreno.” García Moreno le botó á él á patadas; en Jambelí, en Zapotillo, le molió. En la hazaña del 6 de Agosto ¿qué parte tuvo Urbina? había él escrito *El Cosmopolita*, *La Dictadura perpetua*? salió con los jóvenes á buscar al tirano en su palacio á medio día? Rayo descargaba sus golpes á su nombre? Cornejo se consultó con él? Andrade seguía sus instrucciones? supo siquiera que tal cosa iba á suceder? El botó a *García Moreno*, y vive empeñado en llamar asesinos á los valientes, por congraciarse con los devotos de ese infeliz difunto: Urbina, infame Urbina. Cuando pudo y debió haber dado al traves con el tirano, quedó como cobarde, como ruin; sacrificó la flor de los jóvenes guayaquileños, por inepto y por borracho. En tanto que Pepe Marcos y su puñado de héroes se las tenían tiesas en el mar á García Moreno, él estaba de mantel largo, presidiendo á lo emperador su mesa cargada de licores, dando decretos y repartiendo la Nación entre los suyos. Cuando el enemigo se hubo echado al bolsillo la escuadrilla, pudo haberlo esperado en tierra, y huyó, y corrió en cabeza, á pié, y llegó carleando á tierra de Tumbes, y cayó exánime. Volviendo en sí, sangrado, atendido con fraternal providencia, vió que se hallaba en brazos de un amigo, un compañero de armas, á quien acababa de hacer atroz agravio. Doctor Auz, le había dicho en la mesa con increíble descomedimiento, ese puesto es del Ministro! Y le obligó á levantarse al hombre á quien debía servicios y favores, por un pendolista á quien había hecho Ministro ese rato, por falta de gente. Auz, compasivo y generoso, le salvó la vida, le dió dinero, le mandó á Paita, sin aludir al insulto de poco ha. Reconvenido después, contestó rasándose el cogote humildemente: “No sé cómo habrá sido eso, doctor Auz; no me acuerdo;” y con el dorso de la otra mano se enjugó una lágrima de .....cocodrilo. Rasgos hay en la vida de ese viejo, que le persuaden á uno de que la inexistencia de las llamas infernales sería una irregularidad en la creación.

“Boté á Borrero.” Pobre don Antonio; su ami-

go leal, su firme apoyo, su comisionista, su administrador, su diácono, su ayudante de misa y olla, su Pólux, su lazarillo, sus andaderas, sus anteojos, Urbina, José María Urbina, *le ha botado!* Cuando los liberales del Guayas hubieron urdido su primera revolución, contaron con Urbina, *el enemigo mortal* de los leyes de García Moreno: el hombre de dos caras y ni un corazón, al embarcarse para Lima, le tomó aparte á Eloy Alfaro y le dijo: Entiéndete con Teresa *para todo*. Dejó tendido el lazo: cayeron en él los jóvenes: la denuncia salió de su casa, y todo fue desbaratado. Dejaría de llamarme Urbina, si mi padre entrara en una revolución contra Borrero, dijo una bella señorita. Borrero, que sabe los milagros de santa peseta, puesto que él es quien pide para las ánimas, le había dado cuatro mil pesos por de pronto al viejo troglodita. Plata á mí? exclamó indignado el troglodita; yo sirvo á la República y al Gobierno de mis simpatías por patriotismo. Y renunció el estipendio de *sus servicios* en nota oficial enviada directamente á Quito, al propio tiempo que tomaban por él y para él en la tesorería de Guayaquil la dichosa cantidad. Hombre indigno! y torpe, y zurdo, pues cómo quería salir bien con semejante engaño? Una vez puesto en Lima, me escribió á Quito pidiéndome con lágrimas en los ojos le defendiese del cargo de los cuatro mil pesos. No puedo negar que en ocasiones soy *tigre*: no me lo engullí al que fue con la carta, suplicándome *por su parte*, por que hasta ahora está corriendo el canallazo. Por la derecha hace renuncia del salario, por la izquierda lo apaña; y quiere el libertador de pueblos que hombres de bien y pundonor le defiendan. *Calaverada infame*, llamó la revolución contra Borrero, cuando hubo fracasado; cuando salió bien, la llamó *santa*, y Carlomagno, y Cicerón, y Pio quinto al calavera infame. Ahora díganme los descreídos, si ese viejo se nos escabulle y se nos va, ¿no es preciso que haya otra vez infierno? Si le podemos haber á la mano, no será necesario ese establecimiento; la horca lo puede suplir. Lo que queremos es que la impunidad constante de los malvados, y el martirio sin tregua de los buenos, los generosos, los creyentes, no nos hagan cavilar respecto do la Providencia.

Hubo en cierta época de la República un anciano que con puño débil asió el bastón del mando. Urbina el apoyo, Urbina la fuerza de ese Gobierno. Señor, le decían al anciano, Urbina no es acreedor á la confianza de Vucelencia; preciso es cautelarse de ese hombre tan falso como ambicioso. Mi José María? respondía el ingenuo vejezuelo; no saben ustedes que es mi hijo? Su hijo, por su parte, su José María, le estaba escribiendo de Guayaquil: Véngase, papá; papacito, véngase! No se vaya, señor don Diego; Urbina le amarra; el ejército es suyo: lazo es el que le tienden, señor. Mi José María? mi hijo? no lo crean. Y enseñaba las cartas donde su José María le llamaba *papá, papacito*. Metió la cabeza el pobre anciano, y salió por allí: su hijo no le dejó ni tomar tierra: pasó de largo el ex-presidente á expatriación tan dura como inicua. Si Urbina empezara á escribirme llamándome *papacito*, ya no me atreviera á salir del Gran Hotel, porque temiera que el puñal de mi José María, de mi Ignacio, me estuviera esperando en el vestíbulo. José María é Ignacio, hijos de don Antonio, después de haberlo sido de don Diego, le *papasean* cuatro meses antes al que han resuelto entregar á la estricnina ó al puñal nocturno. *Taita* le llamaba el Mudo al Arzobispo de Quito: otras veces, para mayor ternera, le decía *mamá*. Pobre sacerdote, gracias, probablemente, á su hijo, se bebió un cáliz llenecito de veneno. De Vicente Piedrahita dice también que *lo apreciaba*: no quiera el cielo que Veintemilla os aprecie en ningún tiempo, amigos míos. El gato aprecia con las uñas, el perro con los dientes, el Ignacio con el puñal. Los *papacitos* de Urbina y las *mamás* de Veintemilla están condenados á muerte desastrada. Conocidas son las cartas de este excelente hijo á su buena madre don Antonio en las cuales le decía mamá, mamita, y le ponía el ejemplo de la doncella cuyo patrimonio es la honra. El, como Comandante General del Guayas, era la doncella: volverse contra don Antonio, sería quedar deshonrada. El Mudo ya no es doncella: Demócrito, cuando le encuentre en la calle, no le ha de saludar: *salve, virgo!* sino *salve, mulier!* Yo quisiera ver la cara que pone don Antonio á estos recuerdos. Este buen hombre es la madre Celestina: él supo muy

bien que sólo á fuerza de polvos y yerbas malas podía entregar la muchacha como virgen al embajador de Francia.

De estos comentarios resulta que Urbina no ha derribado sino á un presidente: él dice que *ha botado* cuatro, en lengua tan vulgar como es falsa la ideología de sus asertos. Con traición inaudita sorprendió á un anciano á quien llamaba padre, le desterró, destruyó un Gobierno que él mismo había hecho porque surgiese de la guerra civil; prevaricó, se pasó al partido liberal, dándoles de coces á sus sectarios, enviándolos á las selvas del Oriente. "La historia lo dirá," me contestó á la última carta que le dirijí, haciéndole los cargos que merece, horribles cargos. Piensa éste que la historia sale del lupanar, ó que él la ha de hacer escribir con uno de sus capones, de sus negros? Las noticias que damos los escritores presentes son elementos de la historia: la de Urbina está contenida en las "Catilinas." Pero no tema; ya él ha dejado de ser personaje de historia. Historia..... César Cantú le tiene entre manos; va á entrar en ella junto con Washington y Bolívar. Un delator ¿no deja de ser persona? un traidor ¿no ha caído en mal caso? ¿un pícaro de siete suelas ¿no tiene por suyo el desprecio de las gentes? Urbina, José María Urbina; entrará en la historia..... de Gil Blas de Santillana.

Si Urbina quiere anticipadamente un trozo de su historia, véalo aquí: Pidió al gobierno del Perú un ejército organizado para invadir su patria: en guerra civil, llamó á los colombianos en su auxilio, y después les puso las manos para que se fuesen: esperó en el camino que la guerra concluyese, cuando la invasión de Quito por los conservadores del norte: he aquí puntos de historia, grande historia. "Censuran mi conducta en Zapotillo, me dijo en Lima, por que no saben lo que hay adentro de ese asunto: día llegará en que yo les dé un tapaboca al parlanchín de Moncayo y más detractores míos, descubriéndoles el secreto." El secreto es que el general Castillo, que lo desarmó en los límites de la nación peruana, había ido enviado por Pezet á las órdenes de Urbina-Castillo debió pasar la línea, según el pacto, y apoyar á los invasores del Ecuador. Como no pasaba, el traidor tuvo miedo, y se volvió atrás, pu-

diendo haber hecho frente con los suyos á Pepe Veintemilla; y con horrible sorpresa de su parte, fue desarmado por el general peruano. Y me lo descubre, y me lo dice el torpe, á mí que aborrezco de muerte las invasiones con extranjeros, teniendo creído, como tengo, que todo pueblo debe ser artífice de su libertad y dueño de su suerte! De la tacha de cebarde quería lavarse con la de traidor. He aquí los efectos de la subversión de los principios y la moral adulterada. Ignorancia es fada enemiga que vuelve negro lo blanco y torna en cochinos á los hombres. Pezet no le había engañado á Urbina; pero García Moreno, que á las veces le hallaba el pelo al huevo, se dió sus trazas, y consiguió en Lima que el presidente del Perú se arrepintiese. Castillo, realmente, salió como auxiliar de Urbina: á medio camino recibió la orden de desarmarlo. En materia de traiciones, Urbina no le va en zaga á García Moreno: si éste se vino con Castilla, ése se vino con Castillo: los castillanos están corriendo á puto el postre las vegas de la patria.

El proceder de Urbina con los colombianos auxiliares ó invasores no puede ser más negro. Excusado es que yo repita aquí mis artículos de *El Regenerador*: los colombianos, más sensatos, ilustrados y pundonorosos, á vueltas de algunos insultillos, se han unido para hacerme justicia; no hay quien no aplauda ahora la guerra que les hice como ecuatoriano: Veintemilla, Urbina y sus capones todavía dicen que he sido un pícaro en no haber aprobado la intervención armada.

En pueblos de escasas luces y abundante mala fe; entre partidos y hombres aviesos, para quienes las virtudes no tienen resplandor, ni la honestidad pública atractivos; que ven las cosas por el aspecto de su interés personal, sin buscarle el viso á la razón, tenemos que explicar las cosas más sencillas, distinguir lo más distinto, dar con el mazo en la cabeza de las verdades más notorias, para que puedan entrar en la de los menguados que no las ven, ó que las niegan teniéndolas á la vista. Urbina, verbigracia, no es el *inconsecuente*; lo soy yo. Yo que antes dije que

no había robado, no había matado, y ahora digo que roba, y mata quizá, yo soy el inconsecuente. Cuando yo le defendí, en verdad no era aún ladrón; dadas están las pruebas: hoy roba; tengo que montearlo y cazarlo, como oficial de la sociedad humana, como soldado de la República: dónde está mi inconsecuencia? El juez que no juzga y condena al que ha de hacer un hurto de aquí á diez años, no falta á sus deberes, cuando lo juzga con el cuerpo del delito por delante, cumple con ellos, y no es tenido por *ligero* ni *voluble*. Si porque antes dije que no había robado, me empeñara hoy en negar sus robos manifiestos, no parecería yo su cómplice? Hele también aplaudido el no haber derramado sangre humana: efectivamente, no la derramó en ninguna forma en sus buenos tiempos: hoy, Dios me perdone, estoy convencido de que tuvo conocimiento del proyecto de asesinato en la persona del malogrado Piedrahita; lo tuvo, y quizá fue el inspirador de ese crimen. Su liga con Veintemilla es confidencial, sin reserva: ventajas presentes, temores de lo futuro, arbitrios y providencias, todo es de mancomún. No entrando Urbina á la parte en esa compra y venta de sangre, su manequí hubiera temido, se hubiera retraído. Hay además contra Urbina indicios tan claros, que son sospechas vehementes: uno de los asesinos ha sido siempre su criado de confianza, su ministro de obras secretas, ciego ejecutor de sus designios; en vísperas de la muerte desastrada de Piedrahita, los días anteriores, se le vió á ese malvado frecuentar la casa de su amo, hacer viajes continuos á Babahoyo, tener con él encierros y conferencias misteriosas. Urbina, no hay remedio, tiene su parte en ese crimen: guardó la sangre para sus últimos días este desgraciado, para refrescar la vejez con ella, rociándose el alma ennegrecida y marchita con los vicios. Cuando me acuerdo de la cara que me ha echado Urbina con quince años de desgracia depravada y perversa; de esos ojos comidos por los gusanos del vicio; ese mirar soslayado; esa dentadura cubierta de toba pestilente; ese conjunto sesgo; esa nube siniestra que lo envuelve, no puedo dejar de achacarle en mi corazón mil acciones nefandas. Pobre viejo! cuánto bien le hubiera hecho la Providencia divina con alzarlo ahora

treinta años? Sus designios son inescrutables: pudo también la Providencia haber suspendido el fuego que cayó sobre Sodoma, y lo dejó caer: asimismo pudo haber suspendido la vida de este hombre-Sodoma, y le deja vivir, para que esté cayendo sobre un pueblo culpable, y consumiéndolo, y volviéndolo ceniza. Vive Urbina, por que fuego debe caer sobre Sodoma.

He sido también *inconsecuente* con don Antonio Borrero, esta madre Celestina que tanto sabe de filtros y bebedizos. En "El último de los tiranos" pedí la Convención que diese al traste con el despotismo legal del difunto García Moreno: después de esto propuse la candidatura de Borrero. Aceptadas por los guayaquileños mis indicaciones, tomaron ellas cuerpo y se convirtieron en cosas reales. La madre Celestina quiso ser García Moreno armado de la dictadura, y se vino de cara al suelo. Cuál es el inconsecuente, esta bruja que había escrito ayer sus majaderías contra las leyes de García Moreno, y hoy se aferra sobre ellas, ó yo que llevo adelante sin alteración ninguna mi política, mi sistema? Porque había propuesto su candidatura, debí haberle apoyado á capa y espada, aún cuando el cleriganso *liberal* hiciese traición á los principios y ofendiese á las personas, rodeándose de los esbirros más infames de García Moreno? Pues yo, para ser consecuente, le dí el puntapié que lo echó patas arriba. Conque una palabra que diga uno en favor de un hombre le esclaviza para siempre á él? Y si el que fue de bien se vuelve delincuente; si el que fue leal viene á ser traidor; si el que teníamos por digno da en infame, para ser *consecuentes* no hemos de perseguir delitos ni afean mala conducta? Pues sepan cuantos son nacidos en esa tierra de murciélagos, que yo no soy consecuente sino con Dios, con la honra y con la patria, y que mis acciones están fundadas en la moral según mi leal saber y entender. Con los malvados no soy consecuente, porque no soy su cómplice. Con los infames no lo soy tampoco: desde el instante que caen en mal caso, no me tengan por amigo: si los saludo es con la punta del pie. Antonio Borrero quería que yo fuera *consecuente* con él: ¿cuándo le había ofrecido apoyarle en su traición? Cuándo le había prometido aplaudir su in-

gratitud? Perdonar á los sicarios de García Moreno, en buena hora; yo también lo hubiera hecho: entregarles nuevamente la República, en agradecimiento de que le habían llamado *rojo, bruto y asesino*, oh, esto ya no era posible llevar en paciencia. Si pensó que su candidatura fue afición á su triste persona, se engañó por la mitad de la barba. Pero es cierto que entonces no sabíamos que don Antonio era notario de la Curia, y campanero, y trotaconventos de las ánimas benditas. Buen presidente, gran presidente, con su platito en la mano, pidiendo "para el santo entierro de Cristo!" Que estos judíos maten á Jesús cada año, no me saca de mis casillas; que pidan para enterrarlo, esto sí me causa tedio. Piden para enterrarlo, y no lo entierran; luego es estafa la suya. Cuando don Antonio, con su capa verde del tiempo de Carlos cuarto, su ceñidor de cuero y sus anteojos salvados del terremoto de Riobamba por milagro; cuando este don Antonio, digo, está gritando en la puerta de la iglesia: "Para el santo entierro de Cristo vida nuestra!" sabe muy bien que no han de enterrar á Cristo: fiémonos de ese sepulturero,

Ahora para concluir, venga aquí mi viejo troglodita, el cuatro veces libertador de la patria, y dígame á cuál de las categorías pertenece? á la de los que viven bien y mueren bien? á la de los que viven mal y mueren mal? á la de los que viven mal y mueren bien? á la de los que viven bien y mueren mal? De este no podremos decir, puesto caso que le sobrevivamos, que su muerte ha sido tan gloriosa como infame su vida; pero es cierto que va á morir mucho peor que ha vivido. Dicen que su período de presidente fué un alto á las truhanerías desaforadas de Urbina: cuando presidente, se formalizó, fue hombre serio, y hasta decoroso: su Gobierno, si no el mejor, no tampoco el peor de todos; sino que consentía, y hasta fomentaba con la tolerancia, el desenfreno militar. Ni el indio su burro, ni el chagra su yegua, ni la persona principal su caballo: la jurisdicción de los negros se extendía por calles y caminos: todo era de ellos, todo; y aún los hombres, pues

el indio, cosa mostrenca, del primer *taura* ocupante. El *habeas corpus*, sagrado derecho de pueblos libres, era desconocido entonces, con o lo es al presente, y ni vida ni hacienda estaban en salvo del uno al otro extremo de la República.

Un día asomándome al balcón de la casa de campo que habitaba, llevé un susto mortal: un *taura* enfurecido estaba allí tronando y relampagueando contra mi hermano Francisco, quien tenía en la mano una lanza formidable: era la del negro, arrebatada de hombre á hombre por un indio gallardo á quien el soldado había querido herir. El punto era que, si el negro recuperaba su arma, los había de alancear á uno y otro, á mi hermano y al indio; pues el bandido estaba echando espuma por la boca. Verlo yo, tirar por mi estoque, ponerme de un salto en el patio y en la calle, fué cosa de un segundo. Al ver otro hombre armado, aunque muchacho, frente á frente, el negro tuvo miedo. El indio además, se había hecho ya de un gran garrote: el asesino apagó sus blasfemias, se humilló y clamó por su lanza. A su cuartel! le dijo mi hermano, entregándosela: tomóla el negro, y empezó á escoger entre nosotros con la vista á cuál despanzuraría desde luego; pero el indio, todo un hombre, como dicen, estaba allí con su maza de Hércules á punto, y la hoja larga de mi estoque no hubiera faltado á su deber. Fuese el *taura* refunfuñando y amenazando con un pronto regreso. Así andaban en Quito los negros de Urbina, con sus lanzas por los alrededores de la ciudad, y la vida de los ciudadanos en un hilo.

Otra ocasión me iba yo acercando á Quito por las verdes planicies de Turubamba, de vuelta de unas vacaciones. Un batallón, que andaba para Guayaquil, venía por allí muy cerca: indios, chagras, señores, todos huyen de *un batallón* en el camino, cuando tienen tiempo; yo no lo tuve, y si lo tuviera, no hubiera huido tampoco, de vergüenza de mí mismo: me hice á un lado, é iba pasando en medio de mil burlas de cuartel y de insultos soeces: Quítente el caballo á ese tal! grita un oficial, y lo echa redondo. Cuatro cholos se me vienen encima: Pie á tierra ca.....tólico! A tierra? contesto como bueno; eso será lo que tase un sastre. Estudias para abogado, chiquillo, ó eres embrión de clérigo? dice

chanceando el oficial; déjate de subterfugios, y echa acá ese alazán, que bien lo he menester para mi Rosa que viene mal montada. Dí mi nombre, no hubo remedio: Tate! exclamó un jefe: ese doctor es persona: mi general le llama *Pachito*: dejen pasar al estudiante!

Gracias á mí hermano salvé la vida; pues el caballo no hubiera aflojado yo sino pasando por las bayonetas de los cholos.

Por lo demás, no dejó de engañar Urbina con la libertad de esclavos, y con cierta deferencia por el pueblo, en odio á la aristocracia. La libertad de los esclavos sería página brillante en la historia de Urbina, si fuera cosa suya; pero qué hizo él sino no objetar el decreto de la Convención? El siglo, el pueblo, las naciones que nos rodean exigían imperiosamente la libertad de los negros; ni podíamos nosotros, en medio de la libre, liberal y propagandista Colombia; en medio del Perú, Bolivia y Chile que habían abolido la esclavitud; no podíamos, digo, mantener esa institución nefanda. La libertad de los esclavos en el Ecuador no fue obra de un individuo ni de muchos; resultado necesario fue de mil circunstancias grandes é invencibles.

Se alaba también Urbina de haber expulsado á los jesuitas; mas no dice nada de su liga actual con ellos, ni de los secretos en que anda envuelto con Jacobo Clemente y Ravailac. Concluido su período Urbina va cuesta abajo hasta llegar al centro de la ignominia. Al suprimirle el sueldo el presidente Pardo, dijo que el Perú no daba pensiones al vicio. De los gobiernos anteriores había recibido baja limosna; y con todo mandó decir en la Convención de Ambato, que *había rehusado las pensiones ofrecidas por todos los gobernantes del Perú*, y se presentó por boca de sus *mentidores* como ejemplo de virtudes durante su destierro. El señor Pardo no lo pensaba así. Cuando fue últimamente á Lima enviado por Borrero, al otro día de su llegada amanecieron en las esquinas de las calles carteles que decían: "Urbina ha vuelto: hola, acreedores de Urbina!" He aquí el ejemplo de virtudes que honra á su patria como Catón, que la ilustra como Escipión. A mí me darán cien mil pesos, como á Flores, le dijo á Eloy Alfaro. Este muchacho, tan desprendido como

austero, se opuso; le hizo ver la vergüenza que sería ir á pedir plata por nuestras hambres, plata por nuestros dolores, plata por nuestras lágrimas, deshonrando la desgracia, vendiendo el patriotismo. Si usted pide cien mil pesos, le dijo el liberal sin miedo, ¿cuánto debe pedir Montalvo, que ha padecido más que usted? cuánto debo pedir yo que he gastado más que usted? Patria y libertad han sido la causa y el objeto de nuestros padecimientos: ir á endulzar con un puñado de dinero nuestras amarguras pasadas, sería quedar envilecidos y deshonrados.

El viejo impúdico guardó silencio, y principió su guerra mortal á los liberales patriotas, para excluirlos de la Convención. Considerándole á él la mitad de Flores, no le dieron sino cincuenta mil pesos, para que coma ignominia y beba menosprecio: cincuenta mil pesos que él ha sabido beneficiar y convertir en ciento, doscientos, cuatrocientos mil pesos: las salinas de Babahoyo son inagotables; nunca acaba de cogerlos. Prestigiador maravilloso, de una botella saca veinte clases de vinos, y no deja de estar llena, aún cuando se beba ríos de ella. Urbina, alma del régimen nefando que hoy destruye al Ecuador; partícipe en escandalosos latrocinios; cómplice de crímenes horrendos, va á morir viejo mucho peor que ha vivido joven. Antinoo, con su muerte sublime, echa un torrente de luz sobre su vida infame.



## “EL TIMES” EN BOGOTA

---

No es el *Times*, el gran *Times* de Londres, que pudiera cubrir á Brigham Young y sus veinte mujeres, sirviéndoles de sábana ó de recel de lujo; no es ese *Times* que tiene de tributarios á los príncipes de la tierra, ó hace temblar á los que no quieren sujetarse á su dominio; no es el *Times* que así está campeando en mesas de ministros y embajadores como en el taller del zapatero y el barbero en esa Babilonia donde reinan la libertad y la paz: es otro *Times*, *Taimesito*, pequeñuelo, muchacho, niño recién nacido, pero de barba ya taheña y escabrosa, cuyas hebras son saetas que van derecho al corazón de los malvados. Nobles propósitos, ideas superiores, lenguaje culto, fino, según los ejemplares de los buenos tiempos del habla castellana, ¿qué más se había menester para llamar la atención de la más ilustrada ciudad de Sur-América, esa Atenas andina, que allá en su antiplanicie está resplandeciendo con sus sabios, sus oradores, sus poetas, sus mil ingenios que pican en ciencias y artes liberales, sin descuidarse jamás de la política? Adriano Páez, el infatigable husmeador del talento, que con delicado olfato lo siente y lo descubre en el más oscuro rincón de América, ha sentido el *Times*, se ha ido tras él, lo ha descubierto, ha hecho presa, no para devorarlo, sino para sacarlo á paz y á salvo, bien como el delfín sacó sobre su cuerpo á Anfión del medio de los mares. Admiro el talento de Páez, su laboriosidad ejemplar, su ardiente americanismo; su corazón, su carácter, me admiran mucho más. Inteligencia es prenda común; cuál más cual menos, como no seamos tontos, á nadie le falta su poquito; prendas como las que le adornan á Páez, son de todo punto

raras. Para él no hay vanidad nacional, egoísmo, deseo de prevalecer sobre los otros: no existe el Táchira ni el Carchi: Venezuela, Ecuador, Perú, Chile, Buenos Aires, son su patria tanto como Colombia. Donde brilla un ingenio, allí está él á atizarlo con la sensata alabanza que nunca es adulación; donde palpita un corazón grande, allí está él á contar las pulsaciones de ese órgano del dolor, ese altar de los misterios del alma. Dije ahora poco que Neison no había tenido idea del miedo: Adriano Páez no tiene idea de la envidia, no sabe lo que ello es: á lo menos ese cruel afecto no le carcome las entrañas en medio de tantos otros martirios que le están santificando su desgracia. Censuras de Páez, no he visto: ese noble joven no nació para ser la pesadilla de nadie, sino de los tiranos: lo que veo á cada rato son apologías de hombres que á su juicio las merecen, laudatorias llenas de sensatez y buen gusto, fuera de las ocasiones en que se deja arrastrar por una fuerte preocupación imprimida en su pecho desde que era niño de letras. Cuando habla de mí, verbigracia, su discurso es un arrebatado torrente de hipérbolos, de figuras que me levantan mucho más arriba de á donde he llegado por mis merecimientos. Me importará poco hoy día que los malsines hailen punto de murmuración en esto de corresponder según el caudal de mis facultades los repetidos favores de un escritor á quien no conozco siquiera; pero ya estaba rebotando en mi pecho el deseo de hacerle justicia, y solamente el recelo de que digan los malos que hay comercio de alabanzas entre nosotros, me ha contenido. Los hombres oscuros tenemos siempre este linaje de aprensiones; no así los claros, para quienes la urbanidad, la generosidad no hallan contrarresto en la vergüenza.. Habiendo llegado á manos del señor de Lamartine uno como poemita, una piecita infantil que yo escribí en París respecto de él siendo muchacho, me dirigió inmediatamente una carta, con autorización de darla á la estampa. Víctor Hugo no fue menos pronto y cortés cuando leyó mi elegía del Terremoto de Imbabura. Yo le hubiera dado las gracias á Páez y manifestádole mi admiración desde que se vino á mí con una corona en la mano; pero ahí estaban los envidiosos los ruines, para decir que ese era cambio de lisonjas,

y mañana deuda la he estado pagando con afectuoso silencio.

Todos verán que éstas son mis primeras palabras en favor de Adriano Páez: dándome por bien servido, como dicen, ya pasaba por ingrato; no lo soy: sepa ese amigo mío nunca visto, que sus juicios, son encomios, sus vuelos de admiración acerca de mí, mucho me han conmovido, mucho me han servido en un país donde verdes y azules se levantan á darme caza, tan luego como hube salido con mi Cosmopolita á la luz del día. Lo digo con dolor: hasta cuando empezaron á llegar á Quito las opiniones de Caro, Cuervo, Páez; hasta cuando periódicos del Perú, de Chile vinieron en mi auxilio, yo estaba pasando por loco en mi patria: si tarda ese socorro, amigos y enemigos me meten en la casa de orates. Hoy mismo un capón infame, pagado por Ignacio Veintemilla, dice que *yo mismo soy el autor de cuanto en Colombia y otras partes se ha dicho en honra mía*, y que *mis manejos se extienden hasta Europa*. Ved pues á Lamartine y Víctor Hugo sirviendo de simple instrumento de mis vanidades; y lo que es peor, de mis patrañas. Teniendo para sí que á mí me insulta, el insulto del asiático es á personas de posición elevada, á escritores célebres en América, que son quienes me han favorecido con sus encomios. Miguel Antonio Caro, Rufino José Cuervo, José Joaquín Ortiz, Jorge Isaacs, Adriano Páez, han recibido *los disparates* escritos de mi puño y letra, y hanlos autorizado con sus ilustres nombres! Hasta dónde no llega la insensatez del aborrecimiento fundado en afección tan baja como la de la envidia?

Páez.....pobrecito! Adriano Páez..... Quisiera yo llevarlo á orillas del lago de Tiberiade, tierra de los milagros, é impetrar uno en su favor, á fuerza de lágrimas á los pies del Todopoderoso. Padece, amigo, y sufre; sabes que entre padecer y sufrir va la propia diferencia que entre la necesidad y la virtud? Padecimiento es gravamen general; buenos y malos, todos padecen: sufrir no saben sino los hombres favorecidos por Dios con esa fuerza oculta que se llama paciencia. Paciencia es bondad, paciencia es valor, paciencia es resignación; y estas virtudes sacan burlada á la desgracia por que sus golpes caen sobre diamante infrangible donde están grabados

en caracteres luminosos los secretos de la gloria. Padezcamos, pero suframos: los que no saben sufrir, esos son los que padecen verdaderamente. "Niño, has venido al mundo para padecer: padece, sufre y calla;" éstas eran las palabras con que los antiguos mejicanos saludaban al recién nacido. Páez, Adriano Páez,..... Un mundo de dolor pesa sobre él y nada dice: Job se queja, Job levanta la voz al cielo: este otro Job está callado respecto de sus males por que considera que los del cuerpo no son nada: el espíritu es el todo; y ese está puro en él, está blanco y transparente. Cuando sacuda los miembros que lo aprisionan, y, rota su cárcel, salga libre, á de volar á la eternidad, y á de desaparecer en el océano de la luz infinita

Y así y todo, trabaja Adriano Páez, trabaja incansablemente: el trabajo es una religión para él: corazón activo, inteligencia ardorosa, el movimiento es ley de su rica natureleza; trabaja por Colombia por América, por el mundo: Páez es hombre de inmenso mérito: si le sobrevivo, me he de poner luto por mi propia cuenta y como personero de mi patria.

El *Times* no podía ocultarse á la mirada escrutadora de ese ilustre colombiano: los encarecimientos que hace de ese periodiquito, merecidos son por él; mas supone que es obra mía, á causa de su buena frase, y yo, por lealtad, debo sacar á la luz del mundo al joven modesto que, mereciendo tanto, ha ocultado con tanto empeño su nombre hasta ahora poco. Páez estará deseoso de saber quien es ese otro castellano que así rasguea tan garbosamente la lengua de Cervantes en país de donde la tiranía, el desenfreno, la barbarie están ahogando la ilustración, y aún la inteligencia? Llámase Federico Proaño ese escritor de papeles chiquitos; chiquitos, pero buenos. Unas son las perlas gruesas; el aljófar sirve para hilos que rodean gargantas de Hermiones. El café grueso no es el mejor; el de la Moka es menudillo, redondo, y no hay quien no se deje embriagar por esos humos aromáticos. El márito del *Times*, todo le pertenece á Federico Proaño; yo no tengo ninguna parte en esa graciosa miniatura. Si mis obras, si mi ejemplo han influido algo en él, ya para lo escritor, ya para lo patriota, bien puede ser, y ese sí sería mérito mío. Federico Proaño y Miguel Val-

verde, casi niños, tuvieron la gloria de ser desterrados, por escritores y hombres libres; *La Nueva Era* le causaba singular desazon á García Moreno, quien los hizo callar, aventándolos á las selvas del Oriente, según la costumbre de ese *virtuoso republicano*, como le llamaban sus sicarios. Que padecieron mucho los noveles periodistas en este mundo enmarañado y terrible del Amazonas, no hay para que se diga: la honra quedó salva. Brindóles el tirano con la libertad, como descubriesen el autor de una carta que le había escogido por extraño: los jóvenes optaran por el desierto, y qué destierro! En esos dos muchachos hay tela para dos egregios ciudadanos: donde lealtad y firmeza van unidas, ya podemos estar ciertos de que el talento hará sus grandes cosas. Proaño y Valverde, nuevamente desterrados por ese Monipodio q' llaman Ignacio de Veintemilla, son dos esperanzas para las letras y para la República. Proaño, más feliz, está padeciendo en el destierro; Valverde más desgraciado, ha vuelto á su casa y, en libertad, está disfrutando de la servidumbre y la ignominia de su patria. Pero tiene, sin duda, el corazón devorado por esas santas fieras que con elocuentes rugidos le llaman á uno á la libertad y la honra.

Juntad con estos gallardos mezos, á Marcos Alfaro, Luis Felipe Carbo, los Gomez, Manuel Felipe Serrano, Mauro Vera y más proscritos de 24 años de edad, y decidme, ecuatorianos, si todo son tinieblas para vuestra patria? Si algo he podido, ha sido en los jóvenes, en las universidades, los colegios: los viejos son materia inerte, los maduros son *sesudos*; los jóvenes mi elemento, los niños mi caudal. Casi todos los del 6 de Agosto fueron estudiantes: Manuel Cornejo, apasionado por el estudio de las antigüedades; Abelardo Moncayo, poeta; Roberto Andrade, barbiponiente de la Universidad de Quito. Los treinta del 6 de Agosto, fuera de un coronel que huyó tirado al suelo sus armas, cuando los valientes se le fueron encima al tirano, todos fueron muchachos. Una alabanza mía á un niño sin miedo produjo en el Colegio de San Vicente de Guayaquil tres ó cuatro periódicos de guerra á los opresores. Dicen que los griegos antiguos pulían con los dedos la cabeza, y aún el rostro de los recién nacidos: esa blanda materia se presta á sabios contactos que la

modifican favorablemente: así el corazón, así la inteligencia del hombre en sus primeros años son objeto de experimentos y progreso humano. Tocarle la cabeza á un viejo, tanto valdría como tocar un guijarro: del mismo modo el corazón de los hombres encallecidos en la maldad, la servidumbre y el vicio, no admite pulimento. Jóvenes, oh jóvenes, nada esperéis de los mayores; ellos no os ofrecerán sino depravación y cadenas: dueños sois de vuestro porvenir. En pueblos agraciados por la suerte con la libertad, el pundonor y la ilustración, los hombres maduros son ejemplares respetables; donde sometimiento vil, codicia, indiferencia por la cosa pública los infaman, la patria nada tiene que esperar sino de los jóvenes: los libertadores nunca han sido viejos.

---

## ERRATA INSTRUCTIVA

### DE LA TERCERA CATILINARIA

---

*Efevo*, según su etimología, debe ser *efebo*. Nadie hallará este vocablo en los diccionarios de la lengua castellana; es uno de los neologismos que Bérghes de las Casas ha propuesto en su hermosa traducción de la obra maestra de Virey: *Histoire naturelle du genre humain*. Así hay cosas que á uno le gustan: este efebo en sentido de barbiponiente, muchacho á quien principia á brotar la barba; jovencito de primera tijera, como hubiera dicho Moratin, me ha parecido bien, y lo he adoptado sin vènia de la Academia Española.

